

mente, muchas de las lúgubres predicciones que Donoso hizo en aquel discurso, no se han realizado; y aun algunas parecen desmentidas por hechos ulteriores; pero por desgracia, vivos están, y muy vivos los gérmenes letales que el orador veía en los principios dominantes de las sociedades contemporáneas: y quiera Dios que el tiempo no venga pronto á confirmar sus tremendos vaticinios.

Pero si lúgubres se le presentaban la situación actual y el cuadro futuro de la Europa, no menos tristemente pensaba de la situación especial y de los futuros destinos de España. Sus preocupaciones en este punto fueron tan graves, que, por primera vez de su vida, le obligaron á ponerse en hostilidad con un ministerio del partido moderado, que lo era entonces el presidido por el duque de Valencia. Consignadas están en su discurso parlamentario de 31 de diciembre de 1850 las causas que le movieron á hostilizar á aquel gabinete, que, en concepto del orador, era bastante menos celoso de los intereses morales de la sociedad, que de sus intereses materiales: sus palabras fueron un grito de alarma que del fondo de su conciencia cristiana le arrancaban sus convicciones, viendo cómo en derredor de nuestras instituciones seculares, en medio de nuestras antiguas creencias y nuestros antiguos hábitos, se iban levantando pasiones disolventes, apetitos insaciables, y vergonzosas concupiscencias. Jamás un gabinete español había escuchado cargos mas terribles en boca de un diputado; y jamás habían tolerado tan sañudos anatemas nuestros partidos políticos. No es probable que los partidos hicieran entonces propósito de la enmienda, para confirmar con sus actos los aplausos que no escasearon aquel día á Donoso; pero es histórico que el gabinete, tan rudamente combatido por su palabra, dejó de gobernar á los quince días. Y sucedió entonces lo que era natural, lo que preveía Donoso: que si hasta entonces se había salvado de ciertos odios, gracias á que, según el decir de muchas gentes, su política estaba en las nubes; cuando quiso un día descender al fango de lo que se llama política en estos tiempos, sublevó contra sí todas las vanidades que, comprimidas hasta entonces, no habían podido buenamente protestar contra los triunfos de su talento; y empezó á sufrir una doble guerra de alfilerazos y de puñaladas.

El odio, que hasta allí había sido latente, estalló, y estalló con un pretesto, que hacía mas envenenada su saña, y sus tiros mas certeros. Dios, que sin duda quería probarle cuando ya le vió suyo, permitió una serie de sucesos combinados de manera que, juntando en uno todos los rencores, todas las envidias y todos los desdenes acumulados contra sus doctrinas, contra sus fortunas y contra sus creencias, le asaltasen á un tiempo mismo en el instante que su entendimiento y su conciencia daban la mas bella muestra de su inmenso amor á la verdad, y de su ejemplar devoción á la causa del bien eterno. Insultos groseros, calumnias osadas, reticencias ma-

lignas, todo se prodigó contra su persona, cuando dió á luz su ENSAYO SOBRE EL CATOLICISMO. Era natural: tras el apostolado, el martirio: siempre ha sucedido la misma cosa: desde Jesucristo acá, no ha existido maestro de verdad que se haya libertado de habérselas con Fariseos; ni Redentor que no beba cáliz mas ó menos hondo de amargura.

Nada importaba que aquel libro inmortal tuviese por objeto restablecer los fueros de la libertad humana, encerrando á la razón dentro de los límites que la ha trazado la Sabiduría eterna. Esto era combatir al racionalismo; y es muy natural; los racionalistas le han cargado la culpa de un misticismo, destructor de la razón y de la libertad humana.

Nada importa que aquel libro tuviese por objeto restablecer en la sociedad el imperio de las verdades católicas, y poner el orden moral bajo la tutela y al abrigo de la Iglesia, haciendo que su espíritu vivificante y sus fecundas enseñanzas penetren y circunden á los entendimientos, á los corazones, á las costumbres, á los gobiernos de las sociedades. Esto era combatir juntos en uno al ateísmo, al deísmo, al regalismo, á la heregía, al indeferentismo, y es muy natural; los ateos, los espíritus fuertes, los regalistas, los hereges y los indiferentes han puesto el grito en el Cielo contra el retrógrado teócrata, que quiere convertir á los gabinetes en capitulos conventuales, los parlamentos en concilios, y los palacios en monasterios.

Nada importa que en las varias cartas publicadas con ocasión de aquel libro, lo mismo que en sus escritos de todos tiempos, haya proclamado absurdo y tiránico un poder humano sin límites; nada importa que haya pedido constantemente el restablecimiento de las gerarquías sociales, como primera base de la libertad en el Estado, pues que es la primera condición del orden. Nada importa esto, ni hay tampoco para qué considerar que los absolutismos de todo género han sido eternamente rechazados y anatematizados por la doctrina y por la Iglesia Católica. Nada, nada: no hay cuartel para el atrevido y extravagante soñador, para el apóstata de su antigua comunión política, que, estudiando con la historia en la mano la filiación del moderno liberalismo; indagando, á la luz de su razón católica, la radical impotencia de las doctrinas liberales para resolver, ni aun para plantear los grandes problemas relativos al orden político, al orden social, al orden humano; mirando con ojos que ven, y escuchando con oídos que oyen los estragos producidos por la recta aplicación de las consecuencias lógicas de aquellas doctrinas, osa examinar desapasionada y desinteresadamente los principios teológicos, sociales y políticos en que descansan, y los encuentra impíos, en el orden teológico; disolventes, en el orden social; contradictorios, en el orden político. Los liberales y los parlamentarios no han querido oírle. *Blasphemasti*, han dicho: y al excomulgarle, le han llamado *absolutista*.

Nada importa, en fin, que tan humilde como prudente, y tan prudente

como humilde, entregue su libro antes de publicarlo á la censura, y acepte las correcciones de hombres insignes por su saber y su piedad; nada importa que, alarmada su conciencia cristiana con el malévoló aviso de que habia enunciado peligrosos errores, vuelva á someter su obra á la única censura competente, á la única autoridad legitima para un hijo de la Iglesia. Nada importa esto. Para quitarle toda tentacion de vanidad, y para darle una leccion de sana teología, no faltará un oscuro servidor de intereses que no son los de la Iglesia Católica, quien falseando el texto explicito de unas frases; tomando por pretexto otras, solo ambiguas para la mala fé; fundándose en lo atrevido de alguna metáfora, en algun insignificanté *lapsus* de estilo ó de lenguaje, contrario al rigoroso tecnicismo de la ciencia teológica, le constituya ante la pública opinion reo de heregía.

De todas estas acusaciones, solamente la última fué poderosa á turbar su tranquilidad y á excitar su resentimiento. Fuese por humildad, ó fuese por orgullo, es lo cierto que apenas respondió á los cargos de fatalista místico y de absolutista monárquico con algunas breves y desdeñosas frases; pero cuando vió puesta en tela de juicio la ortodoxia de sus opiniones, la pureza de su doctrina, sintió heridas las fibras mas delicadas de su alma; y pidió para su libro un juicio inapelable y solemne, que tranquilizando su conciencia, le sirviera de escudo contra su adversario. Con este propósito, creyó oportuno elevar la voz, en son de querella y en demanda de desagravio, á la suprema autoridad de la Iglesia; y esto por varias razones. Primera — por el especial y sagrado caracter del autor de aquellas censuras que, como sacerdote y en materias propias de su ministerio, estaba naturalmente sometido al gefe supremo de la gerarquia sacerdotal. Segunda — por la no dudosa intervencion, ó cuando menos, por la aprobacion implicita que aquellas censuras llevaban de cierto Prelado, gefe superior inmediato del que aparecia como autor de ellas. Tercera — por la estrechisima relación que esta polémica tenia con la que por entonces se habia suscitado en la prensa católica de Francia sobre la influencia de los estudios clásicos del paganismo en la sociedad cristiana; polémica que, iniciada con motivo del célebre libro de M. Gaume, titulado *le Ver Rongeur*, y en la cual Doxoso habia tomado partido por los adversarios del clasicismo pagano, contenia, bajo las apariencias de una mera cuestion literaria y pedagógica, todas las ardientes y ya antiguas cuestiones entre los ultramontanos y galicanos de la nacion vecina: cuestiones que, como es sabido, afectan nada menos que á la misma santidad y pureza del dogma y de la disciplina católica, y juzgadas por nuestro actual Pontífice tan trascendentales que, para cortarlas, creyó necesario elevar su voz sagrada, y pronunciar el santo *Pax vobis*. Cuarta — porque ocupando Doxoso á la sazón el elevado puesto de ministro plenipotenciario de S. M. C. en Francia (para el cual habia sido nombrado en febrero de 1851) se hallaba en

una posicion bien embarazosa; y no podia escoger libremente ciertos medios de defensa. El abate Gaduel (que este era el nombre del crítico) lejos de haberse creído en el deber de dirigirle una advertencia secreta, como parecia prudente y cristiano, tratándose por una parte de un sacerdote, y por otra de persona constituida en dignidad, cuyo descrédito podia refluir en contra de la católica y honrada nacion á quien representaba, se habia dirigido al público, amigo siempre de escándalos, y siempre inclinado á empañar las reputaciones mas limpias; proceder tanto menos disculpable, cuanto que atacaba á un hombre, que no podia defenderse: pues habria sido cosa inaudita, y verdaderamente escandalosa, ver á un embajador manteniendo ante el público, con un sacerdote y sobre materias de dogma, una polémica de suyo prolija. Poníase por tanto en ridiculo, si respondia á su censor; y arriesgaba, por otra parte, su reputacion, si le dejaba sin respuesta. Y no se diga que el deseo de atajar los estragos que el libro censurado pudiese producir, en concepto de aquel sacerdote, le impulsaban á dirigirse al público en derécho, no: una obra que habia corrido libremente por el mundo católico, sin que una voz católica se hubiese levantado contra ella; que habia sido traducida al italiano, é impresa en Foligno, en los mismos estados de Su Santidad, con la aprobacion de un asistente de la Inquisicion y del reverendo obispo de aquella diócesis, no podia producir los grandes é irremediables estragos, que bastarian apenas para justificar la conducta del crítico.

Tales eran los puntos capitales en que Doxoso fundó su querella, y su demanda de desagravio: basta mencionarlos, en obsequio á lo que exige la exactitud histórica, para comprender el caracter de aquel litigio que fué funesto para el reposo y para la vida de nuestro embajador; si bien, en cambio, le grangeó consuelos augustos, y satisfacciones de las mas dulces que puede sentir un escritor católico de piedad sincera. Pocos dias antes de que Dios le llamara á sí, en abril del pasado año, publicaba acerca de su persona y de su libro un juicio tan ilustrado como lisongero la primera de las revistas periódicas que hoy cuenta para su defensa nuestra santa religion, *la Civiltà Cattolica*, brioso y sábio adalid de la Iglesia, cuyas opiniones, considerado el lugar en que se publica, y la augusta proteccion con que se honra, gozan de grande y merecida autoridad en todo el orbe cristiano. Nuestros lectores verán en su lugar oportuno el artículo escrito por aquella *Revista*; modelo de prudencia, de caridad y de justicia, en el que ni se escatiman al autor del *ENSAYO* los altos elogios que le son debidos; ni se deja sin esplicacion aquella suma de errores de forma, de defectos de estilo, que han podido ser pretexto plausible para censuras menos prudentes, menos caritativas, y mucho menos ilustradas. Aquí nos limitaremos á insertar uno de los párrafos, donde nos parece condensada toda la sustancia del artículo.

«El marqués de Valdegamas, dice, dotado de elevada inteligencia, de vasta comprension, de mente firme y tenaz, como suelen serlo los naturales españoles, es inclinado á afirmar resueltamente lo que le parece verdadero; y enemigo de aquella perplejidad é incertidumbre, que si unas veces es efecto de prudencia, no pocas es indicio de una mente débil é irresoluta. Al ver la sociedad que le rodea, trabajada por la duda, fluctuando vacilante entre la verdad y el error, ha sentido, por una reaccion consiguiente, la necesidad de estimularse á sí propio, vigorizando su innata propension á la certeza, á la afirmacion, al dogmatismo. De aquí procede que en sus escritos combatiendo á los escépticos, y á los que llaman libertad á la licencia, no se ha detenido á discernir, en las falsas doctrinas, aquellas vislumbres de verdad que siempre rodean al error; y en vez de atenerse á las distinciones, necesarias en una discusion propiamente dicha, ha preferido acometer de frente á su adversario, y estrecharlo hasta derribarlo, al fin, con el absolutismo de sus afirmaciones, atrevidas sin duda, pero netas y contundentes. Los enemigos que él combatía, ó negaban á Dios; ó, si se dignaban admitir su existencia, era para relegarlo, por decirlo así, de la creacion; pues que todo lo explicaban por la sola intervencion de la naturaleza y del hombre: Doxoso, en consecuencia, afirmó, que solamente en Dios y en la Sabiduria reguladora de los séres y de los sucesos, estaba la explicacion del hombre y de la naturaleza. El incrédulo siglo, á quien se dirigía, desecha la creencia en los impenetrables misterios de nuestra fé: y en consecuencia, Doxoso quiere, por medio de parangones y figuras, hacer aceptable á los entendimientos rebeldes el arcano mas augusto de la revelacion, al Dios uno y trino. A los que niegan el pecado original, y el enflaquecimiento de nuestra naturaleza, que fué la pena del mismo, Doxoso se esforzó en probarles lo conveniente del primero, presentándolo como casi necesario para que se manifestasen los divinos atributos; mientras que exageró, al parecer, la segunda, cuando viene á declarar á la naturaleza humana esclava, en todos sus actos, de la culpa y del error. A los que exaltan la libertad y la independencía del hombre, les dijo: «no sois libres, sino siervos; la verdadera libertad no reside mas que en los santos; es decir, en los que auxiliados por la gracia, se sustraen á la posibilidad de pecar.» Por último, para los espíritus fuertes, que cuentan entre las fábulas los milagros y la profecías, pareciéndoles piedra de escándalo aquello mismo que debiera hacerlos creyentes, para estos, dijo Doxoso, generalizando su frase: «que nuestro Señor Jesucristo no ha triunfado del mundo por la santidad de su doctrina, ni por las profecías ni milagros, sino á pesar de todas estas cosas.»—Y he aquí como la vivacidad de la lucha pudo empeñarle en trances arriesgados, de manera que por asegurarse bien de tocar la meta, ha parecido á veces como que la traspasaba.

«Pero tambien puede preguntarse: ¿cuántos escritores hay de polémica popular en tiempos de reaccion, que se hayan eximido de cometer estas faltas? Y esto es muy natural: al ver la intemperancia, digámoslo así, de sus adversarios, no es extraño que hayan creído imposible vencerlos sin exagerar un tanto la verdad; pues que ello al cabo las almas, obtusas y aletargadas por las densas tinieblas de error que las circundan, tienen precision de que se las despierte y sacuda con afirmaciones atrevidas, resueltas, dogmáticas. El conde José de Maistre, que, bajo muchos respectos, puede compararse al marqués de Valdegamas, fué tambien tachado, no sin fundamento, de algun extravío en aquel punto: y sin embargo, el hecho es que sus escritos, si bien sembrados en tal ó cual parte de alguna proposicion aventurada y un tanto paradójica, consiguieron plenamente su fin; pues que derribaron al genio volteriano y liberalesco, siendo, en resúmen, una fecunda semilla, de la cual brotaron entre los seglares, tantos y tan valerosos campeones de las doctrinas católicas. Sin duda los escritores están obligados á guardar un prudente medio entre los extremos; ¿pero á cuantos es dado hacerlo así, donde la discusion requiere vivacidad de formas, energía de figuras, generalidad de conceptos, y una marcha, en fin, franca, segura y espedita?»

No se tendrá por inoportuno haber dado tanta extension á esta cita, si se considera que con ella quedan probadas juntamente muchas cosas que importan, por un lado, á lo que exige la buena memoria del marqués de Valdegamas; y por otro, á lo que dicta la conciencia de un cristiano. Queda demostrado que las amargas censuras de que el ENSAYO fué objeto, carecian de fundamento sólido, por mas que se apoyasen en algun pretexto plausible: queda demostrado que, cualquiera que sea el valor de aquellas censuras, desde el instante que pueden fundarse en algun pretexto, conviene refutar lo que en ellas haya de inexacto, condenar lo que haya de malévoló, y poner en su verdadero punto lo que haya de plausible. Para todos estos fines, presentaremos en la edicion de aquel libro las notas y advertencias convenientes, tomando por guia principal las que figuran en la edicion italiana, de que anteriormente queda hecha mencion, y con las cuales, al decir de la *Civiltà Cattolica*, «se desvanece todo peligro para los lectores de todo género, ora templando las formas aventuradas del lenguaje; ora restableciendo el sentido de algunas proposiciones ambiguas; ora, en fin, aclarando las que se han tachado de oscuras.» Cumpliendo así un deber de conciencia, que nadie seguramente nos impone ni exige, creemos cumplir la voluntad del mismo autor del ENSAYO, y dar á sus enemigos una prueba de buena fé, que acaso, Dios no lo permita, no logre obtener de ellos tan sincera correspondencia.

El marqués de Valdegamas no rehusaba los consejos inspirados por la caridad, así como perdonaba fácilmente las ofensas que recibía de la ma-

levolencia : por lo mismo que conocia bien á los hombres , les consagró durante su vida un tesoro de indulgencia , que tambien por su parte necesitaba para sí mismo. Ningun hombre se ha exaltado nunca mas ardientemente contra la injusticia ; ninguno profesaba un desden mas altivo hácia los necios : y sin embargo, bien lo saben sus enemigos ; nadie se ha levantado á desmentirle antes ni despues de aquella ocasion solemne en que pudo decir con verdad : « Cuando mis dias estén contados ; cuando baje al sepulcro , bajaré sin el remordimiento de haber dejado sin defensa á la sociedad bárbaramente atacada ; y al mismo tiempo, sin el amarguisimo y para mí insoportable dolor de haber hecho mal á un hombre. » Para comprender bien el sentimiento de rectitud , que inspiraba su conducta , importa no olvidar las terribles tentaciones en que le ponian de dar rienda al humor satírico , que poseía en grado eminente , las vivas y frecuentes polémicas mantenidas por él durante veinte años. Todos cuantos le han tratado de cerca , saben que el primer arranque de su vena sarcástica habria sido funesto para sus adversarios , si su respeto á la humanidad en un tiempo , su caridad viva en otro , y en todos el celo de su dignidad propia no le hubieran refrenado en el instante mismo que iba á clavar el dardo. Curiosos , por demas , son los muchos borradores de escritos polémicos que ha dejado entre sus papeles ; y de ellos la mayor parte , condenados por su autor á perpétua oscuridad ; como si los hubiera considerado mal avenidos con la caridad cristiana : desahogos del amor propio , irritado con mas ó menos justicia , escritos como para transigir en secreto con las sujestiones de la humana flaqueza , no saldrán del fondo en que la voluntad de Donoso los tenia sepultados , siquiera nuestra literatura pierda por ello la posesion de modelos acabados de socrática ironía.

Libertaráse, empero, de este comun anatema, y se libertará tan sin menoscabo del respeto debido á la memoria de Donoso, como con gran provecho de las ciencias sociales y políticas, un artículo de polémica escrito con ocasion del que en la *Revista francesa de ambos Mundos* publicó el señor duque de Broglie, en noviembre de 1852, censurando en comun á Donoso, á Mr. Gaume y al sábio padre Ventura, bajo el supuesto de que extremando sus doctrinas católicas, las han aplicado exageradamente á la defensa de los principios constitutivos de la sociedad en los siglos medios, y á la consiguiente impugnacion de los que dominan á las sociedades actuales. Pertenece el señor duque de Broglie á la ya difunta escuela del eclecticismo doctrinario, que le ha contado entre sus mas ilustres campeones : dicho se está, pues, que este escritor, por muchos títulos respetable, sale á la defensa del racionalismo filosófico y del parlamentarismo político que se profesa en su escuela. La ocasion, por tanto, no podia ser mas oportuna para que Donoso expusiera y explicara lo que, segun su doctrina católica, entendia respecto á las cuestiones fundamentales, suscitadas por

el señor de Broglie : hácelo en efecto ; y lo que es mejor, lo hace planteando y resolviendo estas cuestiones en el terreno de su aplicacion práctica á las costumbres y á la constitucion de las modernas sociedades. No parece sino que previó y que previéndolos, quiso refutarlos anticipadamente, todos y cada uno de los cargos que otro escritor, tambien muy distinguido de nuestra España, el señor don Rafael María Baralt, le dirige, bajo una forma hipotética, en el discurso que, con motivo de su reciente ingreso en la Academia, ha consagrado á la memoria de Donoso, cuyo puesto heredaba en aquel instituto.

En honra del señor de Broglie y del señor Baralt, conviene apresurarse á decir que uno y otro estan muy lejos de pertenecer á los que Donoso tenia por enemigos ó por despreciadores ; sobre todo, el segundo ha tributado con noble franqueza á la memoria del que fué su amigo el homenaje de respeto y de admiracion, que era de esperar en persona de calidades tan relevantes. Esta declaracion que se debe de justicia al señor Baralt, sirvale tambien como testimonio de gratitud por la recta intencion, por el afectuoso sentimiento con que ha derramado flores sobre una tumba doblemente sagrada para españoles y cristianos. Sin embargo, los fueros de la imparcialidad le han obligado á poner ciertas espinas entre estas flores, abriendo, contra las doctrinas en general de Donoso, y en particular contra las contenidas en el *ENSAYO*, un proceso, que, tal como viene sumariado en las hipótesis del señor Baralt, si elevado á plenario, se entregase á un tribunal de racionalistas y de parlamentarios, seria ciertamente fallado en pró del señor Baralt, y en contra del señor Donoso.

En concepto del que estas líneas escribe, la mayor parte de los cargos dignos de refutacion que se han formado contra las doctrinas y opiniones del marques de Valdegamas, tienen por origen comun una preocupacion de escuela, alimentada por dos errores de hecho. Consiste la preocupacion de escuela en dos puntos principales ; uno, en no haber percibido acaso en toda su extension, ó con toda claridad los límites *naturales* y absolutos de la razon humana ; ni la manera en que la doctrina católica viene á limitar, bajo una forma concreta, esta misma razon, proponiéndola por una parte, misterios absolutamente superiores á su natural alcance, y por otra, enseñándola el auxilio *sobrenatural* de que necesita aun para lo que es de su *natural* competencia : en resúmen, consiste este punto de aquella preocupacion de escuela en cierta especie de recelo contra la secreta influencia de la *gracia*, y en cierta especie de amorosa inclinacion á defender mas de lo justo los fueros de la *naturaleza* : como si la doctrina católica no tuviera precisamente por base el reconocimiento y la perpétua consolidacion de la armonia que Dios mismo ha puesto entre la *libertad de la naturaleza*, y la *solicitation de la gracia*. Consiste el otro punto de la preocupacion en no haberse quizás parado bastante á examinar el lado por donde

verdaderamente peca la razon de los racionalistas : no está el error de los racionalistas , ; ni quién pudiera decir tal blasfemia y tal absurdo? en suponer aptitud *natural* en la razon para percibir el órden comun de verdades *naturales*, que son patrimonio de la humanidad ; pues tanto valdria negársela para aprender las verdades *sobrenaturales* que la religion la propone : no está tampoco en suponer y afirmar su *natural* competencia para deducir de las verdades primarias del órden *natural* otras verdades secundarias; pues si asi no fuera , habria que negar tambien su *natural* competencia para percibir las conveniencias, ya que no le es posible el sentido íntimo, de las verdades *sobrenaturales* que la Iglesia la propone. La *gracia* es un auxilio cabalmente aplicable á la *naturaleza*; es decir, *para* ella, como madre amorosa, no *contra* ella, como enemiga sañuda, aunque si , *sobre* ella, como saludable freno, como suave estímulo, como auxilio secretísimo y misterioso. Siendo esto asi , no consiste el error que buscamos en suponer que , siendo obra de Dios lo mismo la *gracia* que la *naturaleza*, forzosamente ha de haber puesto Dios entre ambas una ley de armonia que las haga , si asi puede decirse, mutuamente comunicables; pues esto y no mas es lo que enseña la doctrina cristiana, cuando nos ordena pedir con la *libertad* de la *naturaleza* el auxilio de la *gracia*; y cuando nos promete que jamás el auxilio de la *gracia* dejará de acudir al digno llamamiento de la *libre naturaleza*. El error de todas las escuelas racionalistas , segun las dosis de orgullo de cada una, está en suponer, ó que no existe tal *gracia*; que no hay mas que *naturaleza*; ó que existe como una especie de *plus*, que la vanidad filosófica puede ó no tomar á buena cuenta; solo necesaria para las inteligencias tan incultas y rudas que si Dios no se la enseña, jamás verán ni un rayo de verdad; pero no rigurosamente indispensable para la razon ilustrada del filósofo, que puede, *progresando*, y *progresando* llegar en alas de la *perfectibilidad humana* á ver los resplandores de la verdad absoluta.

La lucha , pues , no viene planteada, ni puede lealmente plantearse entre los racionalistas , por un lado , para quienes la razon lo es todo , pues que fuera de la razon no hay nada ; y los fatalistas místicos por otro , para quienes la razon es nada , porque todo lo que hay , está fuera de ella. No, no es esta la cuestion que puede plantearse , tratándose de Doxoso : la cuestion es entre la razon de los racionalistas , y la razon de los católicos : entre la *razon católica*, que partiendo á un tiempo mismo de las verdades reveladas ó *sobrenaturales*, y de las verdades evidentes del órden natural, se cree competente , y obra en consecuencia , para *demostrar* con auxilio de las segundas la conveniencia y el enlace de las primeras , á las cuales en todo caso reconoce como superiores : y la *razon filosófica*, que partiendo directa y primariamente de si misma , se declara competente para *inquirir* la esencia de todos los órdenes de verdades , ó se digna cuando mas dar á las reveladas y *sobrenaturales* un segundo lugar , en calidad de confirma-

doras ó comprobantes de sus elucubraciones filosóficas. La razon católica es luz de luz : la razon filosófica pretende ser luz universal , absoluta y primaria : aquella se considera como los ojos que ven lo que el *Deus absconditus* ha querido mostrarla ; esta se reputa como el minero infatigable, que sondando puede , sin extraño auxilio , y por su propia energia , sacar todas las verdades , de todos los abismos : la primera se postra , y postrándose , vive , crece y se eleva ; la segunda se adora á sí misma ; y adorándose , se envilece , se deprime y muere.

La razon de Doxoso no es mas ni menos que la razon católica : ¿porqué , pues , se le combate bajo el supuesto gratuito de que condena en absoluto á la razon? El ser *antiracionalista* no arguye profesar un *fatalismo* que la Iglesia tiene condenado con tremendos anatemas ; así como el ser *racionalista* no significa , en verdad , que se haga de la razon el uso prudente y limitado que impone la razon misma , de acuerdo en este punto como en todos , con las enseñanzas de la Iglesia.

Estas mismas preocupaciones de escuela , que acabamos de señalar , son , sin duda , la causa de los dos errores de hecho , que , en nuestra opinion se cometen , al suponer que Doxoso ha elevado nada menos que á la categoria de sistema político lo que , en la vulgar acepcion , se entiende por teocracia ; y que ha preconizado el absolutismo de los reyes. Tratemos de explicarnos . Se entiende por teocracia , como los autores de aquellas suposiciones parecen entenderlo , — «el gobierno directo y personal de Dios ejercido por medio de sus ministros delegados, los sacerdotes y los reyes absolutos?» — Pues no es esta la teocracia que ha defendido Doxoso. Verdad es que incidentalmente , y , como para comprobar la sagacidad y fuerza con que la ciencia de Dios aguza y dilata el ingenio del que la posee , dice en el capítulo VIII del libro 2.º de su *Ensayo* estas palabras : — «Si el género humano no estuviera condenado irremisiblemente á ver las cosas del revés , escogeria por consejeros , entre la generalidad de los hombres á los teólogos ; entre los teólogos , á los místicos , y entre los místicos á los que han vivido una vida mas apartada de los negocios y del mundo.» — Pero estas palabras no tienen , ni pueden tener el sentido restricto y limitado en que se necesita tomarlas para hacer buenas aquellas suposiciones : figuran , donde están colocadas , mas bien como una antítesis que explica y completa pensamientos anteriores ; mas bien como una comprobacion , segun queda dicho , de la excelencia de la teología y de la fuerza fecundante de las virtudes cristianas , que como proposicion directa y deducion lógica de un sistema político : el sentido verdadero de aquellas palabras y la recta aplicacion de la idea que las inspira , deben buscarse no en una proposicion aislada , incidental , como es aquella ; sino en el espíritu general de la obra á que pertenece ; viendo cómo se enlaza con otras proposiciones anteriores y subsiguientes. Haciéndolo asi , se caerá en la